

ble, ⁽¹⁾ negro, ⁽²⁾ odioso. ⁽³⁾ Lejos de ver en ella un bien. la llamaban un mal ⁽⁴⁾ y, entre los males, el peor, ⁽⁵⁾ el más espantoso de los terrores, ⁽⁶⁾ la cosa más terrible que hay, ⁽⁷⁾ de la que ya sólo el nombre es difícil de tolerar ⁽⁸⁾ y cuyo recuerdo inspira horror. ⁽⁹⁾ Ya Epicuro, toda la sabiduría del cual se concentra en el principio de que la muerte no nos concierne, ⁽¹⁰⁾ no pudo menos de manifestar que también él reconocía en ella el más espantoso de los males. ⁽¹¹⁾ El mejor consejo que sabe dar á cualquiera es el de pensar á menudo en la muerte. ⁽¹²⁾

11. El miedo á la muerte no es una preocupación, sino que es natural.—No es, por consiguiente, el miedo á la muerte un prejuicio religioso, sino la repugnancia de la naturaleza sana. ⁽¹³⁾ La prueba mejor de que el mal no consiguió aniquilar por completo la naturaleza, es que ésta se rebela siempre contra el pecado y su obra: la muerte.

Por eso todas las consideraciones y declamaciones contra esta debilidad no conducen á nada. Los filósofos encaminaron todos sus esfuerzos á hacer que la humanidad aceptase la muerte como cosa natural; no ahorraron ni la befa ni las buenas palabras, ni la erudición, para arrancar á la muerte lo que tiene de acerbo, y, sin embargo, perdieron el tiempo. Algunos de entre ellos procuraron, según sus propias palabras, adquirirse una triste gloria alardeando de despreciar la muerte en tanto que la juzgaban lejana, pasando así por ánimos viriles á los ojos de los hombres sencillos. Pero llega la hora en que enmudece la

(1) *Anthologia Palatina*, 7, 328, 3; 334, 1; 556, 1; 483, 1.

(2) Horac., *Sat.*, 2, 1, 58. *Anthol. Palat.*, 7, 113, 4.

(3) *Iliad.*, 9, 159.

(4) *Ibid.*, 3, 173; 16, 47. *Anthol. Palat.*, 7, 627, 5.

(5) Aristófan., *Ranæ*, 1394.

(6) Themistius apud Nægelsbach, *Nachhomer. Theologie*, 396.

(7) Teócrit., *Epigr.*, 25, 6. Aristót., *Eth.*, 3, 6 (9), 6.

(8) *Iliad.*, 16, 442; 18, 464.

(9) Aristót., *Rhetor.*, 2, 5, 1.

(10) Diogen. Laert., 10, 139, 2.

(11) *Ibid.*, 10, 125.

(12) Séneca, *Ep.*, 56, 8.

(13) Agustín, *Sermo*, 172, 1; 279, 3; 299, 8, 9.

burla aun de los más audaces; y entonces esos ánimos viriles, y tal vez ellos en primer término, se vuelvan más débiles que niños. Desde Tulo Hostilio, ⁽¹⁾ Bión el ateo, ⁽²⁾ y el jactancioso Carneades, ⁽³⁾ hasta Voltaire ⁽⁴⁾ y Schopenhauer, ⁽⁵⁾ el hecho se repite con mucha frecuencia. Se vió á algunos de ellos decir con aire de burla: Parece que ninguno de esos tiene el don de la perseverancia en el lecho de muerte. ⁽⁶⁾ Y á la verdad, aunque muchos la tengan para crecer y endurecerse en el mal hasta el fin, no les basta para despojarse por completo de la naturaleza, pues el temor á la muerte es innato ⁽⁷⁾ y nadie puede librarse de él, del mismo modo que nadie puede completamente despojarse de la naturaleza. Y aunque le pareciese la vida peor que la muerte, al ver ante sí dispuesta á oírle favorablemente la que invocara como libertadora, no hay duda en que temblaría á su presencia y le pediría una prórroga, como el viejo de la fábula. Aun cuando la naturaleza esté próxima á morir, sigue siendo naturaleza.

Sería una verdadera vergüenza para nuestra época, vergüenza ante la naturaleza y ante el paganismo, el tomar por lo serio la afirmación inventada, no por éste, sino en realidad por el pelagianismo, ⁽⁸⁾ de que la muerte no es ni un castigo ni un mal. Pero no habla en serio; precisamente finge la indiferencia, porque no se siente indiferente ante la muerte; habla con tanta valentía de ella precisamente porque se siente cobarde delante de ella y porque no la desprecia. Habla tanto contra la pena de muerte—aunque para ello tiene otros motivos—precisamente por lo horrible que le parece la muerte.

Aquí nos encontramos ante contradicciones y errores,

(1) Livio, I, 31.

(2) Diogen. Laert., 4, 7, 54, 55.

(3) Diogen. Laert., 4, 9, 64.

(4) Kreiten, *Voltaire* (1), 376.

(5) Janssen, *Zeit und Lebensbilder* (3), 238.

(6) Bayle, *Dictionn. art. Bion. rem. D.*

(7) S. Agustín, *Opus imperf.*, 6, 14 (X, 1313, b).

(8) S. Agustín, *Contra 2 epist. Pelagian.*, 4, 2, 2.

que constituyen el mejor testimonio á favor de la verdad. Todos saben que la muerte es inevitable y nadie quiere pensar en ella. Los despreocupados se jactan de que morir no es nada, y á ellos es precisamente á quienes se teme más decirles durante su enfermedad que están muy graves, prueba incontestable de que el llamado desprecio á la muerte no es sino hipocresía.

12. El Cristianismo bueno para vivir y para morir.

—Resulta de lo dicho que no puede atribuirse al Cristianismo el honor de haber sido el primero en considerar la muerte como algo penoso, pero sí es cierto que enseña á tomar la vida y la muerte con más seriedad que el frívolo espíritu del mundo. No es este el único motivo de gozar tan poco el favor de aquél. Federico Rückert dice con una sinceridad que le agradecemos: «No era mal cristiano, y lo hubiera llegado á ser mejor; sin embargo, de pronto me disgusté del Cristianismo, pues predicáis demasiado el sufrimiento cristiano; mi corazón aún está alegre, por eso soy pagano; si algún día amengua mi valor, tal vez podréis ganarme, pues vuestra doctrina no es buena más que en la hora de la muerte». (1)

¡Sea! Resulta evidentemente que este nuevo paganismo no es bueno para morir; á la pregunta de si es bueno para vivir, contestó ya el mundo mismo.

Para nosotros sería suficiente que nuestro Cristianismo no sirviese más que para morir y aun para nuestros mismos adversarios sería siempre bastante. Dicen, es cierto, que no podemos ganarlos hasta que su energía se haya quebrantado; mas nuestro Dios aún en este momento desea hacerlos suyos; y para ellos mismos—lo esperamos de la gracia de Dios—el perdón, la misericordia y la vida no serán bienes despreciables en sus últimos momentos. Tenemos la confianza de que entonces verán con claridad que nuestra doctrina es verdaderamente buena, no sólo para morir, sino también para vivir.

Lo que no es bueno para la muerte tampoco lo es para

(1) Fr. Rückert, *Gedichte* (1841), 669.

la vida. Los filósofos antiguos solían decir que la misión de la filosofía y su importancia consistían en enseñarnos á morir. (1) La filosofía moderna afirma que el hombre libre piensa en todo menos en la muerte, y que su sabiduría no consiste en pensamientos sobre la muerte, sino en meditaciones sobre la vida. (2) Sólo esta doctrina encierra toda la verdad y nos hace capaces de vencer la muerte, si no sin temor, al menos con esperanza, y conquistar así la verdadera vida. Esta es la doctrina que nos inspira confianza para decir: «No odio la vida y me gusta vivir, pero sin que este gusto me esclavice, siempre dispuesto á entregarla á Dios, de quien la tengo». (3)

Pero por más que se diga, ninguna doctrina fuera del Cristianismo enseña esto. Si por Jesucristo vivimos como verdaderos hombres y como cristianos, poseemos el único medio que sirve en la hora decisiva para despojar la muerte de sus terrores. El alma creyente, purificada bajo su dirección con los sufrimientos de esta vida, introducida por su mano omnipotente con una serenidad inalterable más allá de la oscura puerta de la muerte y despertada al lado de Él á una vida eterna, felicísima, en la que no existen las lágrimas ni la muerte, esclamará llena de santa alegría; «¡Cuan aprisa pasó la noche de la muerte! Acabo de ver la aurora de la vida. Piensa que empezaste con gemidos para acabar con los llantos de la muerte; sueño de la vida, ahora terminaste y desperté». (4)

(1) Platón, *Phædo*, 12, p. 67, d. Cicerón, *Tuscul.*, 1, 30, 74. Séneca, *Brevit. vitæ*, 7, 1; *Ep.*, 26, 8; 30, 3.

(2) Spinoza, *Eth.* 4, *prop.*, 67.

(3) Corneille, *Polyeucte*, V, 2.

(4) Klopstock, *Mesiada*, XII, 723 y sig.